



Afuera hay sol, yo me visto de cenizas

Reflexiones sobre el sentido del símbolo

Fecha recibido: 10/08/2023 - Fecha publicación: 21/06/2024

Manuel David Gómez Erazo³

Juan David Ortega Serna⁴

Resumen

Este artículo reflexiona sobre los planteamientos generales alrededor de la ceniza, en tanto es un símbolo y momento profundo en el tiempo litúrgico. Se abordan algunos asuntos relacionados con el significado bíblico de este sacramental y ciertas claves en perspectiva de espiritualidad. Si bien la abstinencia y el ayuno es una práctica de varias iglesias y confesiones religiosas, en esta reflexión no se van a considerar, a fin de centrar la atención en un solo gesto simbólico que remite a la finitud y la fragilidad del ser humano.

Palabras clave: Ceniza, Biblia, Liturgia, Sentido de la vida, Espiritualidad sacramental.

Es una celebración popular

El comienzo de los cuarenta días de penitencia, en el Rito romano,

se caracteriza por el austero símbolo de las cenizas,

que distingue la Liturgia del Miércoles de Ceniza.

(Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos,

Directorio sobre la piedad popular y la liturgia, N.º 125, primera parte)

3. Candidato a Doctor en Teología por la Universidad Pontificia Bolivariana; Magíster en Teología, Universidad Pontificia Bolivariana; Especialización en Estudios Bíblicos, Universidad Claretiana; Licenciatura en Filosofía y Ciencias Religiosas, Universidad Santo Tomás. Docente del programa de Teología y coordinador de la Maestría en Estudios Teológicos Contemporáneos, Universidad Católica Luis Amigó en Medellín, Colombia. Docente de Identidad y Pensamiento Claretiano, formación socio humanística, Uniclaretiana, Colombia. Correo: immanueldavidg@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7879-8345>.

4. Bachillerato Canónico en Filosofía y Teología, Universidad Pontificia Bolivariana; Especialización en Métodos y Técnicas de Investigación en Ciencias Sociales, Fundación Universitaria Claretiana. Correo electrónico: juandavid.ortega@upb.edu.co.

Decir *Miércoles de Ceniza* remite a imaginarios inmediatos que llevan a prácticas de la piedad popular, al cumplimiento estricto de ritos, a la visibilización de la culpa o de la obligatoriedad propia de quien asume o interpreta la orientación eclesial en sentido legalista.

Al preguntar desprevenidamente a dos personas sobre lo que pensaban o recordaban cuando escuchaban la frase *Miércoles de Ceniza*, estas respondieron que era, “una obligación de la Iglesia, para indicar que debemos arrepentirnos de los pecados”; también dijeron: “recuerdo cuando era pequeño y me obligaban en esa fecha a recitar el listado de pecados para que Dios me perdonara”.

Ambas respuestas hunden sus raíces en los imaginarios religiosos que están relacionados con lecturas cortas del ser eclesial y de una espiritualidad que controla a través de la culpa. Nada que ver con la entera posibilidad que ofrece este sacramental que es, incluso, de dimensiones ecuménicas: calendarios católicos, anglicanos, luteranos, metodistas, presbiterianos y bautistas se encuentran en el polvo de la frente para pensar el primer día cuaresmal (Koonse, 2014).

Miércoles de Ceniza, es una celebración que se ha extendido a lo largo de todo el cristianismo occidental y que se encuentra contenida en el misal romano. Esta fecha está ubicada en un tiempo simbólico y litúrgico, siempre móvil en su referencia al día de la Pascua; señala los cuarenta días que anteceden el inicio de la celebración de la Semana Santa, y se celebra cuatro días antes del primer domingo, como el día cero, para empezar el conteo del tiempo que prepara para la celebración del Misterio Pascual, con una expresión griega que da la impronta de tal momento del entero año litúrgico: *metanoieite*; la popular *conversión* con todas sus expresiones derivadas como convertirse que llevan al sentido de la *penitencia*.

Este es solo un llamado de la Iglesia, por tanto, no es un rito obligatorio.

Junto a la abstinencia y el ayuno en ocasiones - que bien puede ser en el contexto de una eucaristía o antecedida de una liturgia de la palabra que puede iniciar con una procesión penitencial desde el exterior del templo o capilla— se bendice e impone en la frente de los fieles la *ceniza*, que ya ha sido bendecida por un presbítero o un diácono y producida con las plantas guardadas del

Domingo de Ramos del año litúrgico anterior (Pimentel, 1989, p. 128). Dicho gesto encuentra respaldo en varias expresiones bíblicas.

Frente al gesto con la ceniza y el proceso de conversión, se hace la reflexión sobre la caducidad humana, lo efímero de la existencia y la fragilidad que lleva a la muerte, incluso, para toda persona que esté por fuera de la Iglesia, no-bautizados y excomulgados, característica de este sacramental al no conferir la gracia del Espíritu, pero que dispone al ser humano para recibirla, según el Catecismo de la Iglesia Católica (N.º 1331; 1670 y siguientes).

En este contexto comunitario de la celebración, se identifican las intuiciones que se mantienen en ella a través de algunos textos bíblicos escogidos para ver los discernimientos que la Iglesia sostiene a partir de su celebración.

Sagrada Escritura y sagradas intuiciones durante la liturgia

Propio de los antiguos ritos con los que los pecadores convertidos se sometían a la penitencia canónica, el gesto de cubrirse con ceniza tiene el sentido de reconocer la propia fragilidad y mortalidad, que necesita ser redimida por la misericordia de Dios. Lejos de ser un gesto puramente exterior, la Iglesia lo ha conservado como signo de la actitud del corazón penitente que cada bautizado está llamado a asumir en el itinerario cuaresmal. (Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Directorio sobre la piedad popular y la liturgia, N.º 125, segunda parte).

En las antropologías religiosas mediterráneas, siempre se identifican dos polos existenciales de la humanidad, casi pendulares: la *alegría* y el *sufrimiento*. Son como las dos grandes dinámicas del acontecer histórico de pueblos y personas. Quizá dicen eso los salmos al cantar el *himno* y la *súplica*, o también mediante ciertos

símbolos como lo es en este caso particular, la ceniza, que condensan y expresan el límite, el sufrimiento, la labilidad de la vida (García Fernández, 2010, pp. 6-8). Tras una mirada hacia *afuera*, es decir en los contextos aledaños, puede notarse cómo en la mayor parte de las religiones antiguas (Léon-Dufour, 2005, p.159), otras culturas como las griegas, las egipcias y las árabes, además de las judías –ubicadas en el Antiguo Próximo Oriente– las personas se cubrían la cabeza de ceniza para expresar duelo, para decir muerte, para señalar el luto y la fragilidad (Chevalier, 1986, p. 271).

Este es un signo penitencial que desde el Testamento Judío expone una postura de conversión y que resemaniza siempre toda la Cuaresma.

En la biblia, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, más que recorridos históricos, expresan valores en momentos puntuales de las literaturas donde se detiene el tiempo en esta conversión. Incluso, múltiples textos veterotestamentarios muestran los diversos contextos donde es mencionada la ceniza para referir su parecido con el corazón del pecador o la tristeza por la desgracia que abrumba (Léon-Dufour, 2005, p.159). Sin embargo, en la liturgia romana, se privilegian algunos de ellos.

Por ejemplo, desde los textos del Génesis se recuerda el juicio, la maldición en Adán, al dejarse tentar, quien es enviado a trabajar la tierra para ganarse el pan, porque de ella viene al ser polvo y a ella regresará (Gn 3,19). Luego, desde la experiencia vivida por Lot y su familia cuando son librados de la catástrofe de Sodoma, Abraham se reconoce limitado, aunque cercano a Dios, diciendo que será polvo y ceniza (Gn 18,27).

La escena de Jonás y los ninivitas también revela este sentimiento. Aquel pueblo usaba la ceniza como ese gesto de arrepentimiento profundo, propio de los mensajeros de las malas noticias que cubrían su cabeza con ella (Pimentel, 1989, p. 37). El convencimiento del propio límite lleva a sentarse en el polvo: “Y llegó la noticia hasta el rey de Nínive, y se levantó de su silla, se despojó de su vestido, y se cubrió de cilicio, y se sentó sobre ceniza” (Jon 3,6). Este texto, útil para describir la conversión ninivita, asocia experiencias de tristeza, llanto, lamento, ayuno, arrepentimiento de corazón, como el

caso referido por el profeta Joel, de un pueblo que pide ser santificado por Dios porque se reconoce necesitado de su perdón (Jr 2,12-18). Incluso, el salmo 50, que es característico de esta celebración, en tanto, remite al mismo sentimiento declamado por un poeta judío durante el contexto del imperio persa (3-10.12-14.17).

En el Nuevo Testamento se da continuidad a este significado, pero con una gran novedad: llega el recuerdo de la misión de Jesús de Nazaret desde una perspectiva esperanzadora que no puede quedarse en la muerte, el luto y la tristeza. Aquí es fundamental el texto de la proclamación del Reino de Dios en la versión de Marcos: “se ha cumplido el plazo, ya llega el reinado de Dios. Enmiéndense y crean la buena noticia” (Mc 1,15).

Se prefiere esta traducción de la Nueva Biblia Española, por la explicación que da Juan Mateos sobre ella, al traducir *metanoete* como *enmendarse* en vez de *convertirse*, porque no implica el mero impulso religioso de cumplimiento obligatorio, sino una dinámica de la voluntad humana hacia la vida y el compromiso social, desde una experiencia de fe basada en la opción personal y comunitaria por la justicia y la defensa del prójimo. Si tal opción no se hace, entonces el Reinado de Dios no podrá llegar; un asunto conecta con el otro. Debe *cambiar de actitud mental* no por respeto a Dios, sino por respeto a la vida misma, al ser presencia de Dios (Mateos, 2001, p. 7).

Además de la perspectiva de la esperanza hacia el cambio, de la conversión, de enmendar la vida a favor del prójimo como gesto que expresa los valores del Reinado, el Evangelio de Mateo posibilita una homilía que lleva a la honradez del gesto penitencial, a la oración y al ayuno, asuntos de reflexión constante en tiempos de Cuaresma.

Aunque parece paradójico, a veces el reconocimiento del propio límite es usado para ganar poder y prestigio. Un verdadero acto de arrepentimiento debería hacerse en silencio, a solas y sin la necesidad de la aprobación de nadie más. Solo se hace ante Dios y es de Él de quien sale este gesto genuino. Quien vive preocupado por el propio prestigio, no se convierte realmente y en consecuencia no enmienda su vida (Mt 6,1-6.16-18). La continuidad de la esperanza se ve también en las

comunidades cristianas abiertas a la salvación, según Pablo, última palabra de la vida que solo puede venir de Cristo: es este su día (2 Co 5,20-6,2).

Este tipo de reflexión debió seguir durante todo el transcurso de la historia eclesial primitiva. Se recuerda cómo de aquella celebración de la reconciliación, nace este rito que recoge esa actitud penitencial, como una reflexión guiada por la voluntad de cambio. Se calcula que hacia el año 384 d.e.C., la Cuaresma con sentido penitencial para el pueblo cristiano, ya tenía una duración de cuarenta días antes de la Pascua; con el paso del tiempo fue cobrando nuevos sentidos que eran extraídos desde otras miradas a la Sagrada Escritura, como por ejemplo, el dato de los cuarenta días del diluvio, los del desierto y los de Jesús.

Hacia el siglo IX, la penitencia ya había pasado de ser un acto público, convertida ahora en una confesión privada, que se enlazaba ahora con la absolución individual de los pecados, para establecer la celebración para todos los fieles (López Martín, 1984, p. 160). Desde este ángulo podrá entenderse cómo hacia el siglo XI, ya la iglesia de Roma había impuesto el rito con cenizas como parte esencial del inicio de los tiempos de Cuaresma (Kunzler, s.f.).

Estas comprensiones bíblicas que subyacen a la reflexión, permiten trazar también dos puntos: recordar la fragilidad que caracteriza el límite, sea este impuesto como un problema de las opciones del ser humano para, al mismo tiempo, no embelesarse en el propio límite como puro objetivo, porque sería una especie de masoquismo, sino para abrirlo, hacerlo emerger para corregirlo, para llevarlo al reconocimiento de las propias capacidades como se dijo anteriormente, y disponerlo a una nueva y mejor realidad. Pero esto requiere de parte del ser humano una decisión fundamental y su disposición para la transformación: una sintonía con la gracia del Padre.

Tras la reforma que trajo consigo el Vaticano II, la eucaristía en su liturgia pondría la ceniza en un horizonte escatológico —si quiere decirse de esa manera— porque abre al ser humano, más que al reconocimiento del propio luto, al de su voluntad para salir de la propia fragilidad; de ahí viene la inclusión de nuevos textos en la liturgia como lo expone la proclamación de Mc 1,15 que enfatiza

más la transformación humana que Dios posibilita, que sumergirse en la fragilidad y la muerte (Floristán, s.f., párr. 5).

Desde este ángulo, más que llevar al reconocimiento del propio límite, la Palabra, interpelaría al ser humano para salir de ahí. Mueve la autonomía (López Martín, 1984, p. 160).

Ceniza, existencia y discipulado

Se debe ayudar a los fieles, que acuden en gran número a recibir la Ceniza, a que capten el significado interior que tiene este gesto, que abre a la conversión y al esfuerzo de la renovación pascual. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Directorio sobre la piedad popular y la liturgia, N.º. 125, tercera parte.

Siempre se puede preguntar por qué razón no se encuentran desarrollos profundos de una teología de esta celebración, siendo que está sostenida por lógicas celebrativas del culto y por una permanente comprensión bíblica. Si bien la ceniza simboliza la muerte, la conciencia de la nada y de la vanidad de las cosas, la nulidad de las criaturas frente a su Creador, el arrepentimiento, la penitencia (Chevalier y Gheerbrant, 1986, pp. 270-271) pareciera entenderse muy estática esta comprensión de las Escrituras. Porque así de quietos y de impávidos podemos mostrarnos ante el problema del mal, del sufrimiento, del límite, del dolor, del sin sentido. No hay mucho que decir, porque la experiencia no es conceptualizable: solo se vive, es narrada y simbolizada. Ante la oscuridad, solo nos queda amar en silencio o dejarnos llevar por la angustia.

Con el camino de reflexión hecho desde esta óptica, valdría la pena volver a leer una de las oraciones de bendición de las cenizas contenida en la liturgia romana:

Oh, Dios,
que no quieres la muerte del pecador.
sino su arrepentimiento;

escucha con bondad nuestras súplicas
 y dígnate bendecir (+) esta ceniza que vamos a
 imponer sobre nuestra cabeza;
 y porque sabemos que somos polvo y al polvo
 hemos de volver,
 concédenos,
 por medio de las prácticas cuaresmales,
 el perdón de los pecados;
 así podremos alcanzar,
 a imagen de tu Hijo resucitado,
 la vida nueva de tu reino.
 Por Jesucristo nuestro Señor.

La bendición de las cenizas condensaría todo este proceso de significación desde un movimiento, un gesto trinitario de las manos sobre una sustancia que, llevando a la conciencia sobre la presencia de la divinidad, expresa desde nuestra fragilidad humana la potencia de la vida que desea transformar el curso de la historia.

La Cuaresma inicia con la ceniza y termina con el ardiente fuego transformador de la Pascua. Decir *cinis* para representar la combustión producida por el fuego para simbolizar la muerte y la penitencia, también mostraría la transformación del existir que se niega a la muerte. Podría ser una respuesta ante la permanente pregunta sobre la presencia de Dios en la debilidad y el sinsentido de la realidad.

Creeríamos que la conversión, en síntesis, no sería necesariamente convertirnos por ser frágiles, sino que, al reconocer la propia fragilidad, empieza el sentido profundo de la humanidad. En la debilidad todo pueblo y toda carne se encuentra. Así, la conversión sería volver a Dios, al Todo, a la Unidad de nuestra existencia, valorando el transcurrir de la historia desde la óptica de la revelación. La vida es fugaz, pero fatigosa, como para no hacer conciencia de nuestra presencia que participa y ayuda a la actualización del Reinado de Dios con todo lo que implica: la instauración definitiva de la justicia.

Cada realidad en la que no se defiende la vida, ni se reconoce la presencia de Dios, nos deja en la ceniza y no sucede la verdadera transformación. Cabe preguntarnos

cómo aproximarnos a la pasión de Cristo Jesús, cuando somos nosotros mismos quienes lo enjuiciamos y crucificamos.

Hacemos penitencia, nos convertimos, nos enmendamos, cambiamos de mentalidad para mejorar la humanidad como expresión de libre esfuerzo en el seguimiento de Cristo. Pero quizá, justamente, hay que darle un paso a esa realidad en toda persona donde es difícil reconciliarse con la propia debilidad y contradicción. Pizarnik lo diría en un poema:

Afuera hay sol
 No es más que un sol
 pero los hombres lo miran
 y después cantan.

Yo no sé del sol.
 Yo sé la melodía del ángel
 y el sermón caliente
 del último viento.
 Sé gritar hasta el alba
 cuando la muerte se posa desnuda en mi
 sombra.

Yo lloro debajo de mi nombre.
 Yo agito pañuelos en la noche
 y barcos sedientos de realidad bailan conmigo.
 Yo oculto clavos
 para escarnecer a mis sueños enfermos.

Afuera hay sol.
 Yo me visto de cenizas.

(Alejandra Pizarnik)

Referencias

Chevalier, J. y Gheerbrant, A. (1986). *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Editorial Herder.

Congregación para el culto divino y la disciplina de

los sacramentos. (2002). *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones*. http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccdds/documents/rc_con_ccdds_doc_20020513_vers-direttorio_sp.html#Cap%C3%ADtulo%20IV

Floristán, C. (s.f.). *El rito de la ceniza*. https://www.mercaba.org/LITURGIA/Cuaresma/rito_de_la_ceniza.htm

García, M. (2010). Entonces dijo: ¡basta!, es demasiado tu sufrimiento. *Reseña bíblica*, 68, 5-14.

Koonse, E. (2014). *Ash Wednesday today, christians observe first day of lent*. <https://www.christianpost.com/news/ash-wednesday-today-christians-observe-first-day-of-lent-115628/>

Kunzler, M. (s.f.). *La liturgia de la Iglesia*. <https://mercaba.org/LITURGIA/KUNZLER/599-621.htm>

Léon-Dufour, X. (2005). *Vocabulario de teología bíblica*. Barcelona: Editorial Herder.

López, J. (1984). *El año litúrgico*. Madrid: BAC Popular.

Mateos, J. (2001). *Sermón del monte*. Quito: Centro Bíblico Verbo Divino, Editorial Tierra Nueva.

Pimentel, G. (1989). *Diccionario litúrgico*. México: Ediciones Paulinas.

Santa Sede. (s.f.). *Catecismo de la Iglesia Católica*. http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p2s2c4a1_sp.html